



EDITORIAL: LA INQUIETUD EN LOS CONCEPTOS

Rodrigo Cordero
Universidad Diego Portales

Francisco Salinas
University College London

En noviembre de 2017 se cumplieron cien años del discurso “La ciencia como vocación”, pronunciado por Max Weber ante una multitud de estudiantes en München, Alemania. Teniendo como telón de fondo la burocratización del trabajo académico y las perplejidades producidas por el progreso científico-técnico, Weber elaboraba una de las defensas más iluminadoras y extraordinarias de la “pasión” como el sentimiento del cual se nutre la vocación por el trabajo científico. La inquietud que Weber comparte con los estudiantes es de tamaño simpleza y profundidad: ¿Por qué empeñarse en el estudio especializado de fenómenos cuyo resultado no puede entregarnos respuestas a las preguntas que realmente nos importan: qué debemos hacer y cómo debemos vivir? ¿Por qué dedicar días, meses y años a trabajar arduamente en el análisis de un virus, galaxia, o toxina específica?

La respuesta de Weber a estas preguntas se distancia de la tentación, común en su época, de mistificar la objetividad de la ciencia o de desestimar el valor de la misma. En su discurso, el sociólogo de Erfurt intenta recuperar la textura humana del trabajo científico: a saber, el hecho de que el deseo de un científico particular de dedicar su vida a la exploración de cierto problema u objeto se encuentra irremediabilmente enlazado con la experiencia biográfica. Es este apasionamiento “por un rincón del universo” el átomo individual que articula socialmente toda la empresa investigativa.



En el presente número de *Cuadernos de Teoría Social* hemos aprovechado el aniversario de “La ciencia como vocación” para recuperar y hacer propio el motivo weberiano de la pasión como condición vital para hacer buena teoría social. A diferencia de la pregunta general por la ciencia, que incluye a quienes se especializan en observar planetas, células, átomos o la vida animal, nuestro foco está en explorar los motivos, experiencias y episodios que (en)marcan y movilizan el pensamiento de quienes dedican su vida a la observación de conceptos teórico-sociales. En tanto entidades que guardan trazos de nuestras relaciones *con* y *en* el mundo social, los conceptos son indisociables de las obsesiones personales y del movimiento abstracto de sus significados en la compleja trama de asuntos científico-sociales. Vistos así, los conceptos son verdaderos *nudos biográficos* que hablan de la persona tras la teoría, de sus pasiones, batallas y de los cambios en el pensamiento. Pero también son productos del tejido de prácticas sociales y un elemento esencial a través del cual la sociedad se da a sí misma una forma durable o modo de ser reconocible.

Si la sociedad no existe con independencia de su “conceptualización”, uno podría decir que es precisamente en la forma de conceptos que la sociedad revela tanto como oculta las condiciones socio-históricas de su propia fundación. Por ello, gran parte del trabajo de la teoría social se despliega en la pasión por deshacer los conceptos rígidos (revelar su carácter no absoluto), reconstruir el proceso social de su devenir e imaginar otras trayectorias y criterios que permitan repensar lo que somos. En este trabajo, los conceptos nunca permanecen quietos.

Hace algunos meses extendimos la invitación a un grupo de destacados científicos sociales latinoamericanos para reflexionar “en primera persona” acerca de un concepto que los haya acompañado en su trabajo. Jorge Larraín (Universidad Alberto Hurtado), Viviane Brachet-Márquez (El Colegio de México), José Mauricio Domingues (Universidad Federal de Río de Janeiro) y Pablo de Marinis (Universidad de Buenos Aires) respondieron de manera entusiasta. La invitación no fue a “definir”



conceptos sino que a leer la propia trayectoria intelectual (o momentos dentro de ésta) a través/desde/con/contra el concepto, y observar el valor y vicisitudes del concepto a través/desde/con/contra de la propia biografía personal. El resultado de este ejercicio son una serie de “retratos conceptuales” de algunos términos centrales en la teoría social: ideología, identidad, estado, subjetividad, colectividad, comunidad.

La auto-reflexión de Jorge Larraín propone leer de manera conjunta los conceptos de “ideología” e “identidad” como un par indisoluble en el desarrollo de su pensamiento. En su texto, Larraín ensaya una breve historia de ambas nociones como marcas de una extensa trayectoria intelectual que se inicia en la efervescencia socialista de la década de 70s en Chile. Nos invita a conocer las revelaciones sociológicas que acompañaron sus años de estudio y trabajo en el Reino Unido, así como la inevitabilidad y nuevo rendimiento de tales conceptos para comprender el Chile post-dictadura.

Por su parte, Viviane Brachet-Márquez reconstruye la manera en que su trabajo académico ha ido a la par de los cambios y desafíos experimentados por el “Estado” en América Latina en las últimas décadas. En particular, el trayecto recorrido por Brachet para comprender las vicisitudes y fisonomía del Estado mexicano destilan las piezas de un rompecabezas conceptual con pretensiones latinoamericanistas e interdisciplinarias para el estudio y crítica de las formas estatales de poder.

La contribución de José Mauricio Domingues invita a recorrer un camino personal de re-construcción teórica por medio de la noción de “subjetividad colectiva”. Domingues emplaza su trabajo con dicho concepto en la bifurcación analítica entre “agencia” y “estructura” que domina a parte importante de la imaginación sociológica. Ante la disyuntiva de tomar un camino u otro, Domingues relata su esfuerzo por cambiar las coordenadas para rastrear desvíos conceptuales con el fin de comprender la modernidad latinoamericana y sus conexiones globales. La noción de “subjetividad colectiva” es la carta de navegación que ha acompañado a Domingues por más de dos décadas.



Por último, Pablo de Marinis explora las complejidades del concepto de “comunidad” en los marcos de su propia trayectoria académica. Desde el desafío biográfico que plantea alcanzar la “auténtica madurez como sociólogo” hasta el problema teórico que alguna vez introdujo la discusión respecto a “la muerte de lo social”, de Marinis recoge los aprendizajes, reintroduce las distinciones y recuerda las obras surgidas desde el estudio de una multitud de comunidades.

Este número finaliza con un sección de *reseñas* de la reciente traducción al español de *La economía de la sociedad* de Niklas Luhmann (Herder, 2017). Dos excelentes conocedores de la obra de Luhmann, Anahí Urquiza (Universidad de Chile) y Lionel Lewkow (Universidad de Buenos Aires), revisan la importancia de esta traducción en un doble plano: primero, por ser el primer texto que Luhmann destina al estudio de un subsistema social: la economía; segundo, porque el libro constituye una instancia fundamental para la comprensión del proyecto intelectual luhmanniano en un periodo previo a la adopción de la noción de “autopoiesis”. Estos comentarios son acompañados por una respuesta de Aldo Mascareño (Universidad Adolfo Ibáñez), traductor del libro. Junto con hacer algunos alcances sobre los argumentos y contexto del libro, Mascareño expresa, en primera persona, su modo de aproximación al ejercicio de traducir y elabora una reflexión respecto a la traducción en cuanto operación de comunicación.

En suma, con este conjunto de excelentes contribuciones, la presente edición de *Cuadernos de Teoría Social* pone atención a la voz de la teoría en primera persona. La invitación es a situarnos como acompañantes de estas “primeras personas”, de sus pasiones y de sus conceptos. Al hacerlo, la quietud de la teoría deviene en la inquietud de conceptos que, acoplados a la vida humana, se mueven pese a su apariencia de seguir siendo los mismos.

Santiago y Londres, Diciembre de 2017